

## **Economía y Cultura. Una pareja de hecho.**

Por mucho que se empeñen algunos agentes culturales bienintencionados y otros ciudadanos despistados, la Economía y la Cultura no son más como el aceite y el agua sino que combinan tan bien, que a veces uno piensa: “si están hechos el uno para el otros... cómo no nos habíamos dado cuenta antes”.

Y esta buena mezcla es buena para la Economía y es buena para la Cultura. Es buena para la Teoría Economía por que precisamente el análisis de los fenómenos culturales nos obliga a asomarnos a los economistas a la frontera abisal de nuestra disciplina. Gracias a la Cultura podemos constatar que los gustos no son estables -como nosotros suponemos siempre-, nos permite aproximarnos a los procesos de formación de los gustos, nos permite aventurarnos en el apasionante ejercicio de valorar los intangibles, nos induce a profundizar en los mecanismos de revelación de las preferencias y nos aclara la existencia de niveles distintos de preferencias. Nos apunta la idea tan cargada de sentido común de que el ejercicio de elegir es un proceso complejo en el que el ejercicio maximizador que nosotros dibujamos con un desparpajo abrumador a veces es tan simple que por obvio carece de capacidad explicativa.

En el campo de las políticas públicas el análisis de las políticas culturales también enriquece notablemente el escrutinio. Bien público, externalidades, bienes tutelares, fallos de mercado, fallos del Estado, óptimos de Pareto se muestran en toda su complejidad cuando hablamos de museos, conciertos, palacios renacentistas o representaciones teatrales. De repente algunos de los dogmas de la Economía con los que nos sentíamos tan seguros y satisfechos devienen borrosos, difusos y quebradizos. Así que la Cultura nos reubica a los arrogantes economistas en el campo de la duda permanente, que es el espacio de dónde no teníamos que haber salido nunca y que es el único que posibilita el avance del conocimiento.

Pero también la Economía es una buena receta para la Cultura. Los agentes culturales se mueven en un limbo que parece protegido del escrutinio

social y por tanto impune en el ámbito público a la crítica, la discusión y el posicionamiento colectivo. Las musas, la magia creativa, la inspiración, la belleza, el arte, la innovación parecen ser conceptos refractarios a una aproximación que trate de racionalizar las elecciones colectivas. Pero quiéranlo o no cuando hablamos de Cultura estamos hablando en gran parte de decisiones de las administraciones pública que asignan recursos públicos en un entorno de recursos escasos... y de eso trata también la Economía. Así el instrumental económico es capaz de aportar herramientas que nos permiten precisar con definición los objetivos que se persiguen, diseñar herramientas que efectivamente los consigan y generar información que permitan procesos de evaluación. También el funcionamiento de las instituciones culturales se puede explicar con aproximaciones económicas como la teoría de la agencia, las aportaciones de la *Public Choice*. Y todo ello mucho más allá de la huera retórica que habitualmente se utilizan para justificar las intervenciones. Si la cultura puede otorgar profundidad conceptual a muchos de los términos utilizados alegremente por la Economía, la Economía puede generar instrumentos y información que aporten mucho mayor calado democrático a las decisiones de política cultural.

No hay que olvidar que las políticas culturales son una de las intervenciones públicas que mayor consenso y respaldo social consiguen como demuestran numerosos estudios, a pesar de que como aparece también en los estudios se trata de intervenciones con unos efectos regresivos notables. La democratización en el acceso a la cultura como gran principio inspirador de una parte importante de las políticas culturales ha mostrado tener sus dificultades y el resultado evidente es que los grandes beneficiarios de la intervención pública en cultura son pequeños grupos sociales de clase media y media alta ilustrada con elevados niveles de formación y renta. Ante esta paradójica circunstancia es necesario que la Economía como ciencia se ponga al servicio del análisis detalladas de fenómenos como el consumo cultural con el objetivo de rediseñar las políticas de intervención en aras de que estas sean más eficaces y eficientes en la persecución de sus fines

Y es en este servicio en el que cabe entender el excelente trabajo de Roberto Luna que profundiza, sin complejos, y desde la teoría de la dirección

estratégica, en el apasionante mundo de la demanda de teatro y la danza. La experiencia de Roberto Luna en la dirección de investigaciones por su labor docente en distintos cursos de postgrado específicos en el ámbito de la cultura, otorgan al presente proyecto una madurez conceptual muy depurada. Circunstancia que no es todo lo frecuente que desearíamos en el emergente mundo de la Economía de la Cultura. No cabe duda de que el teatro es un fenómeno muy ligado a las economías de aglomeración asociadas a la realidad de la ciudad y que prácticamente las tres cuartas partes del consumo teatral se manifiesta en las grandes conurbaciones urbanas. Es por ello que la aproximación del Dr Luna, a pesar de referirse al fenómeno en la ciudad de Valencia, es especialmente pionero y relevante para tener una visión global del problema. Roberto Luna encara el problema con una metodología precisa y rotunda y sus resultados y conclusiones, sin esconderlos con jerga presuntamente científica, se muestran con una claridad meridiana y con la voluntad de aportar instrumentos de intervención que apuntan hacia estrategias de ampliación del público de las artes escénicas. Sus conclusiones son a veces sorprendentes y rompen con algunos de los tópicos -no contrastados- que circulan alrededor de la demanda de artes escénicas. El trabajo de Roberto Luna es por tanto un trabajo que aporta información útil - y en algunos casos revolucionaria- para tomar decisiones en el ámbito de la provisión de artes escénicas tanto para agentes públicos como privados.

Sin embargo los que conocemos desde la experiencia cual es la repercusión efectiva en la acción pública o privada de este tipo de trabajos, no nos cabe más remedio que lamentarnos de la escasa rentabilidad social que finalmente obtenemos de este riguroso esfuerzo investigador. La escasa sensibilidad de los gestores públicos por la racionalización de las intervenciones en un campo como el de la cultura, en el que como apuntábamos en los párrafos anteriores, parece que no sólo las experiencias artísticas y creativas deben ser fruto de la inspiración, articulan todo un entramado de política cultural absolutamente sujeto a ocurrencias puntuales, posibilistas y circunstanciales que limitan notablemente la planificación, el seguimiento y la evaluación. Es decir que reducen a la mínima expresión aspectos como la eficacia de las intervenciones o el

calado democrático y el debate social sobre la provisión, distribución y consumo de los bienes y servicios culturales. En esta tesitura resulta sorprendente y singular, y por otra parte encomiable, que sea el Ayuntamiento de Valencia el que encargó inicialmente este estudio. Lo que ya es más normal es que haya mostrado tan escaso interés por su difusión o al menos por la utilización de su información en el diseño de la estrategia de la política municipal sobre las artes escénicas

Tampoco los agentes privados conocen en este sentido las posibilidades en términos de competitividad empresarial que otorga manejar información de la calidad de la que provee el estudio de Roberto Luna

Así, en general podemos afirmar que tanto los agentes públicos y privados desconocen el corpus teórico y empírico que desde hace algunos años se va conformando a través de un grupo de investigadores que desde la Universidad de Valencia y desde los cursos de postgrado en gestión cultural que ofrece tanto la Universidad de Valencia como la Universidad Politécnica. Entre otros, el propio Roberto Luna, Manuel Cuadrado o Luis Bellvis, desde el Departamento de Organización y Dirección de Empresas o el catedrático Antonio Ariño, Gil Manuel Hernández desde el Departamento de Sociología y Antropología Social, o Salvador Carrasco y yo mismo desde el Departamento de Economía Aplicada y la Unidad de Investigación en Economía Aplicada a la Cultura van configurando una red altamente competitiva a nivel nacional e internacional, que se aproxima al fenómeno de la cultura.

Desde nuestro punto de vista es necesario que este tipo de estudios, informes e investigaciones que lideran estos estudiosos, salgan de la clandestinidad social en la que en estos momentos se sitúan y encuentren la repercusión que les corresponde. El análisis de la cultura deviene en un elemento estratégico si pensamos que nos encontramos en un territorio que se sirve de equipamientos y eventos culturales como estrategia efectiva de desarrollo y más aún si nos creemos en los albores de un Capitalismo Cultural dónde la competitividad de los espacios va a depender más de la fortaleza y robustez de su espacio simbólico que de la articulación de sus medios materiales de producción.

La publicación del excelente trabajo de Roberto Luna es por tanto un paso relevante, significativo y que sin duda va a suponer un hito en la visibilidad del análisis económico de la cultura en la Comunidad Valenciana.

**Pau Rausell Köster**

Director Area de Investigación en Economía Aplicada a la Cultura